

A través del espejo

Rusia y el cine mexicano. Primeros pasos

Hugo Hiriart

La escena es en blanco y negro, hay un río. Julián Soler, el menor de la ilustre familia de actores, joven hiperactivo, serio como corresponde a un hombre de honor, con su bigotito negro, es perseguido de cerca por una turba de tártaros, rapados, pero con cola de caballo, de horrenda ferocidad. La película es *Miguel Strogov* (o Stroggoff, como transcribían antes, a la francesa), *el correo del zar*. De niño la veía en la televisión y me encantaba. Juanito Bustillo Oro me contó que las tomas de tártaros no eran nacionales, pertenecían a otra película, americana, y habían sido adquiridas como pietaje de desecho. Por eso nunca podrían aparecer juntos Strogov y los tártaros. Entonces, me gustó más: ¿cómo lo iban a alcanzar si estaban en otra película?

También de niño, encontré a Roberto Cañedo con un hacha ensangrentada en las manos. Era, desde luego, una versión nacional de *Crimen y castigo*: Cañedo se despeinaba y hacía amplios gestos transmitiendo la tortura moral de Raskólnikov. El espectáculo me impresionó tanto que luego, en la noche, no podía dormir. Mi viejo amigo el Pelicano sostiene que para representar a Sonia, la prostituta espiritual, los productores habían elegido a Lilia Prado. Yo, cosa rara por tratarse de Lilia Prado, no me acuerdo.

Pero, claro, más adelante topé con el más conspicuo de los rusos ligados al cine mexicano, el portentoso Serguei Mijáilovich Eisenstein. No recuerdo en qué cine club vi *Que viva México* (1932), pero sí me acuerdo que me entusiasmó el arte de la composición exquisita de Tissé, fotógrafo y Eisenstein, director. Digo, a mí también, como entusiasmó a Ford, director, y Greg Tollan, su fotógrafo, o al Indio Fernández, director, y Gabriel Figueroa, fotógrafo. La pre-



gunta que quisiera poder contestar es ¿qué tanto descubrió y qué tanto inventó Eisenstein en México?

La Rusia de los zares y el México de don Porfirio se parecen. Sobre todo, en el campesinado: entre los pobres rusos y los pobres peones mexicanos hay un lazo de hermandad. Una película de argumento repugnante como *Allá en el rancho grande*, donde se exalta la sumisión y se inventa una generosidad de los hacendados, que nunca existió, podría haberse filmado en Rusia. Inversamente, podría haberse filmado una película, que nunca se intentó, sobre una especie de Tolstoi mexicano que se va a vivir con los indios.

Sobre esto, véase esta confesión de Turguéniev, que copio de uno de mis libros predilectos, el *Diario* de los hermanos Goncourt, y decidase si la escena conmovedora podría o no podría haber sucedido en México:

“Miren —dijo Iván Turguéniev—, cuando era joven tuve una amante, la hija de un molinero que vivía cerca de San Petersburgo, a

quien solía visitar cuando andaba de cacería. Era una muchacha deliciosa, muy pálida con un ojo un poco bizco, cosa muy común en nuestro país. Tenía su orgullo y nunca habría podido aceptar, por ningún motivo, nada de mí. Y sin embargo, un día me dijo:

—Quiero que me traiga un regalo.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Tráigame un jabón —respondió.

“Le compré un jabón y otro día que andaba en el campo, me detuve y entré a verla. Antes de retirarme, le entregué el jabón. Ella lo tomó, desapareció hacia adentro de la vivienda, volvió y me dijo alargando hacia mí sus manos recién lavadas y perfumadas por el jabón:

—Ahora, bese mis manos como besa las manos de las señoras en los salones de San Petersburgo.

“Yo caí de rodillas frente a ella, y... bueno, no hay un momento en mi vida que iguale ése...”.

Escrito conmovedor, como muchos de Turguéniev, que tenía talento para conmovedor. Sin embargo, obsérvese que el joven y aristocrático intelectual se arrodilla ante la campesina, pero, claro está, no estaría dispuesto nunca a casarse con ella. No es para tanto.

Sin embargo, qué talento el de Turguéniev para condensar. Ahí está todo: una novela corta, un estremecimiento, un país, una época, decantados en un párrafo. Y, díganme, ¿no podría haber sucedido en México, no digamos en el porfiriato, sino ahora mismo?

Más adelante se registraron más cercanos encuentros entre el cine ruso y el mexicano, inclusive coproducciones, pero de esas aproximaciones ya no nos corresponde hablar. ■